

* DOS SEMANAS DE ARTE *

Exposición de Nemesio Antúnez

El año pasado, en la última Bienal de Sao Paulo, Nemesio Antúnez fue destacado con el premio Wolf, dedicado al mejor pintor americano. En aquella ocasión y en estas mismas páginas comentamos largamente este hecho, que fue la culminación de una serie de vaivenes. El comentario dedicado al pintor mismo lo aguardábamos para el momento de una exposición suya que se había anunciado ya para fines del cincuenta y siete, la que sólo se hizo ahora en mayo.

Antúnez es de ese grupo de artistas destacados entre los pintores nacionales que se forjaron en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica, cuyo centro de alumnos organizaba exposiciones. A ese mismo grupo pertenecen Pablo Burchard hijo, Ernesto Barreda e Infante.

La actual exposición que se realiza en el Museo de Bellas Artes, organizada por el Servicio de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación es presentada como un homenaje al pintor por su labor de diez años (1948-1958). En realidad no sabemos cuando empezó a pintar Nemesio Antúnez, probablemente muy niño, en los cuadernos de colegio, cosa frecuente en los pintores. Pero recordamos, eso sí, que hace más de diez años desde su primera exposición. Aún antes de 1948 Nemesio Antúnez había presentado una muestra de su obra en la sala del Instituto Chileno Británico de Cultura, cuando el Instituto se encontraba en calle Moneda, frente a Matías Cousiño. En aquella oportunidad exponía una serie de paisajes que llamaron la atención. Esto ocurría hacia 1943, cuando era aún estudiante de arquitectura. De entonces, podemos apreciar en la actual exposición unas pocas acuarelas.

Más tarde el pintor fue a Estados Unidos y luego a Francia. La exposición que presenciaremos ahora en las Salas del Museo de Bellas

Artes principia con los óleos pintados fuera de Chile. El conjunto es numeroso y comprende aparte de los óleos, una colección de acuarelas y grabados.

Si echamos una mirada alrededor de la sala, podríamos decir que Antúnez empezó pintando realidades para alejarse hasta la pintura abstracta. Sin embargo, tal juicio es errático. Antúnez es todavía en la actualidad un pintor objetivo. En él se ha producido sólo un mecanismo de maduración de la personalidad que lo hace presentar la realidad a través de su propia visión del mundo.

En arte, la persona en sí no interesa sino a través de lo que de ella conseguimos saber mirando su obra.

Antúnez nos parece un ser voluntariamente aislado del mundo. La realidad le llega a través de un tamiz especial colocado sobre los ojos y sentidos, para que ella no sea demasiado intensa o molesta. Es como alguna luz pintada por él mismo, un sol de atardecer muy rojo cuyos rayos no queman. Se siente un voluntario alejamiento de la humanidad (no lo llamaríamos deshumanización) podríamos llamar mejor al hombre representado por Antúnez como un ser-ente; más que una persona, un grano de arena, una sombra negra que se desliza hacia destinos interrogantes, sombras múltiples e insignificantes. En su época de Nueva York, miraba a la humanidad desde lo alto de un rascacielo. Luego fue prescindiendo poco a poco de toda presencia vital, deleitándose entonces en parcelar la vida, emocionándose al pulverizar la realidad. Jirones de murallas, jirones de paisajes, jirones del mundo que lo rodea.

Una tela puede parecer un juego abstracto a primera vista. El ojo la recorre varias veces; cada color va tomando su lugar y nos resulta una visión perfectamente real: "Rocas y charcas" o "Acequia".

Toda pintura contiene una parte de abstracción, es inevitable. La de Antúnez con-

siste precisamente en estos cortes subjetivos, que nos presenta la vida bajo un fanal y la enfoca trozada caprichosamente. Si nos detenemos a observar, nos daremos cuenta que esta es una constante en Nemesio Antúnez, desde la época de "Los peatones" (1950) pasando por "Rincón de las escobas" (1952) hasta nuestros días: "Palos quemados" (1957) o "Canales de Chiloé" (1958). Nuestra impresión acerca de la obra de Nemesio Antúnez es que no estamos en realidad ante un problema de plástica convencional en que la forma y el color tienen su papel máximo, sino ante un mundo hecho de colores, cuya forma es relativa, percibido desde el ángulo de un aislamiento personal en el cual el pintor se ha colocado, como para alejarse del "mundanal ruido".

Exposición de Artistas Alemanes

Bajo los auspicios de la Embajada de Alemania en Santiago, el Instituto Chileno-Alemán y el Instituto de Extensión de Artes Plásticas, se está efectuando en el Museo de Bellas Artes una muestra de arte alemán contemporáneo. Esta exposición es abundante en obras, entre las que figuran grabados, algunas esculturas y unos pocos óleos.

Resulta siempre interesante mirar algunos de los artistas ya fallecidos, como Lovis Corinth o Kaethe Kollwitz, en cuyas obras se inicia esta exposición. Aunque de Lovis Corinth no podemos apreciar más que unos grabados, nos trae bien a la memoria su impulsiva pintura, su sensualismo bien delineado.

De Kaethe Kollwitz, tan valiente en sus dibujos, podríamos decirlo también tan social en los argumentos escogidos, podemos ver en esta ocasión algunos grabados y litografías.

El resto de la exposición nos ofrece un panorama homogéneo, se nota que en realidad ha primado un criterio para organizarla. Las obras escogidas son de una tendencia netamente actual, variando desde el expresionismo hasta la pintura no-figurativa. Era natural encontrar estos repuntes de expresionismo en una exposición de arte alemán, ya que el expresionismo es una forma alemana del "fauvismo" francés. La diferencia es que mientras el "fauvismo" francés refleja un mundo contento de vivir, el expresionismo

alemán está lleno de violencias e inquietudes. Mientras para los franceses el color es brillante, para los alemanes es más opaco. La transparencia de unos se vuelve en nebulosos contrastes y violencias. El mejor exponente de esta tendencia dentro de la actual exposición es sin duda Oscar Kokoshka, del cual sólo vemos tres litografías. Pero en ellas podemos reconocer el arabesco que caracteriza la pincelada de este pintor. El "Ecce homo" contiene la fuerza expresiva que sobresale en este pintor, dentro de una economía de medios empleada para llevar a efecto el grabado.

Expresionista también es Ernst Mollenhauer, con sus dos óleos "En la Arena" y "Campo de cosecha". En este caso podemos apreciar mejor el verdadero alcance colorístico de este género de exaltación del color.

Cuando los pintores alemanes se alejan del expresionismo, entran en el campo de los colores sombríos, sin emplear casi tonos radiantes como rojos y amarillos. O cuando llegan a su empleo, son tan rebajados que se pierden entre pardos y azules oscuros. Tal el caso de Imo Lieske con su tabla "Entre atardecer y amanecer" de gran efecto decorativo.

Manteniéndose en el campo de la pintura netamente figurativa, pero con intención de síntesis, destacamos el "Paisaje" de Eduard Bischoff, sugiriendo asperezas terrestres y calcinadas por las edades.

Los pintores de tendencia netamente no-figurativa son en número considerable. De ellos destacamos a Rolf Cavael, a quien podríamos nombrar un pariente espiritual de nuestro compatriota Roberto Matta.

Sin duda el más interesante de este grupo es Gerhard Fietz, sobre todo en dos de las tres telas presentadas. Su técnica, rica en sugerencias, con sus barnices que dan efecto de colores vitrificados se destaca entre todo el conjunto.

En general una exposición interesante, aunque en realidad no nos aporta muchos datos más sobre el arte actual en Alemania que el nivel alcanzado por las exposiciones de grabados del año pasado.